

0 1 2 3 4
Juan de la Purria

EMILIO NAVARRO

Separatismo

Solidario * *

(La Política en Cataluña)

PRECIO: 30 céntimos

1907

BARCELONA
Imp. José Ortega
SAN PABLO, 98

Separatismo Solidario

JUAN DE LA PURRIA
(EMILIO NAVARRO)

Separatismo Solidario ==

(La política en Cataluña)

Imp. J. Ortega, S. Pablo, 96--Barcelona

ES PROPIEDAD

AL LECTOR

I

Suponer que puede subsistir largo tiempo el lamentable estado de cosas creado en Cataluña, y muy especialmente en Barcelona, por todos esos elementos franca é irracionalmente hostiles á España, sería desconocer en absoluto el sencillo, el vulgarísimo problema del catalanismo, aparatosamente expuesto á los ojos del vulgo por media docena de sujetos hinchados de vanidad, vacíos de sentimiento, no muy equilibrados de cerebro y, ante todo y sobre todo, tenaces trepadores y peritísimos tramoyistas del escenario político.

Pero si considero evidente que situación tan violenta como la provocada por el catalanismo, con sus groseras intemperancias y sus canallescas propagandas, no puede prolongarse mucho tiempo, creo también que así como violento ha sido su desarrollo, ruidosa su difusión y antisocial su campaña, violenta habrá de ser su muerte, ruidoso su castigo y *antisocial* el argumento que se esgrima para combatirle y aplastarle.

II

Y no hay que achacar esta opinión mía únicamente al deseo—que sí lo tengo, y muy vehemente—de que todo eso se hunda al repentino y arrollador impulso de un pueblo—el español—sórdidamente explotado, villanamente injuriado, ferozmente mordido en su honra por toda esa grey de melenudos enjutos, cuervos ensotanados y fabricantes rapaces...

No; no es mi deseo únicamente lo que me hace presentir el próximo y estrepitoso final de tanta farsa y tanta infamia amontonadas. No es eso. Es la clara visión de las cosas, es la fuerza positiva de la lógica; es la plena confianza que me inspiran el patriotismo y la dignidad del pueblo—entiéndase bien—del *pueblo* español, á quien esa caterva de ruines ha pisoteado mil veces, suponiendo muerto lo que aún conserva impetuosos torrentes de vitalidad.

Hay que procurar, españoles, facilitar el paso á esas corrientes de patriotismo é ir socavando el dique que las contiene. Y podemos estar convencidos de que no ha de oponer gran resistencia, máxime cuando el catalanismo auxiliará eficazmente nuestra labor socavadora.

¿Dudáis de eso? No deja de ser un contrasentido, pero muy explicable entre gentes de tal naturaleza, que aún no se han dado cuenta de que hace años están afanosamente tegiendo la cuerda para ahorcarse en cualquier árbol.

¡Ah, sí! Nos auxiliarán...

La rufianesca musa que inspiró los párrafos del «¡Era castellana!», ni ha muerto ni siquiera se ha espantado. Por ahí la encontrareis, en cualquier calle de Barcelona pregonando su indecente vivir de prostituta, sin que las *conciencias cristianas* ni las *conciencias burguesas* experimenten la más insignificante alarma ante el grosero pregón... Y eso ¡eso es un síntoma de podredumbre tan positivo como la honda satisfacción que experimento al creerlo así!

Sueltos y boyantes andan nuestros consecuentes infamadores, sueltos y boyantes los que les aplaudieron y aplauden, sueltos y boyantes los que les defendieron y defienden; sueltos y boyantes los que facilitan la plata para que la campaña difamatoria y antiespañola y antihumana perdure, resuene y vaya ganando en intensidad cada día.

Por ahí andan, ridículamente envanecidos por un falso triunfo electoral los que escribieron el «¡Era Castellana!», los que lo leyeron con deleite, los que protestaron á regaña dientes y los que no quisieron tomarse la molestia de protestar *por tan poca cosa*. Y como es gente que no vé más allá de sus narices, ahí les teneis tan entusiasmados, tan confiados, tan seguros de su fuerza y tan convencidos de su talento, como pudiera estarlo cualquier soldado germánico ó cualquier lumbreira de la ciencia. Y en esa actitud petulante les sorprenderá probablemente la hora del castigo...

III

Tales alardes y procacidades propias de una juventud absolutamente ineducada, llevan en sí aparejado el ridículo y no valdría la pena de tomarlo en serio.

La *plebe*, la morralla separatista supone bien poca cosa, como probaré más adelante. Por su evidente inconsciencia, por su carencia de sentido moderno, por su crasa ignorancia en todo aquello que no sea *Lliga, Centre, Aplech, Tralla, Poble, Veu*, etc., representa hoy—no vacilo en afirmarlo—una cantidad *casi* negativa como elemento social, como fuerza política.

Pero es el caso que al frente de esa morralla inconsciente, dirigiendo el movimiento, definiendo é inculcando doctrina separatista, hállanse varios obispos catalanes, con su imprescindible y numeroso cortejo de curas y frailes, una porción de directores de periódicos y buen número de políticos profesionales, que por lícitos ó ilícitos medios han adquirido relieve en esta tierra. Y á estos hay que tomarles en serio, necesariamente. Para combatirles, por supuesto, sin tregua ni descanso.

IV

Incumbe, pues, á los españoles, catalanes y no catalanes, realizar aquí y fuera de aquí una firme y resuelta campaña de higiene patriótica, ya que los gobiernos, torpes y malvados, siempre dejaron al pueblo abandonado á sus propias fuerzas.

Precisa, españoles, emprender rudamente la tarea. Para predicar con el ejemplo escribo estas cuartillas, pues no había de faltar mi humilde concurso en una labor patriótica.

Pero es imprescindible revestirse de energía, mirar de frente la situación, formar núcleo, unificar nuestros esfuerzos y secundar con absoluta confianza y entusiasmo las valientes campañas que el pueblo republicano de Barcelona viene sosteniendo contra tanto enemigo de la libertad, de la justicia y de la nación española.

Somos muchos, los suficientes para vencerles en todos los terrenos; la razón nos asiste, y no es lógico, ni humano, ni soportable ir representando continuamente el papel de víctimas, de cenicientas, de ineducados, de kábilas salvajes, de miseria social, de *descastats* y de *fempta forana*.

Clases directoras del separatismo

I

Confieso, españoles—y pongo en esta confesión toda la honda sinceridad que me anima y que veréis, indudablemente, reflejada en estos escritos —que para fijar el nivel moral de las clases directoras del separatismo, presentándolas en su repulsiva desnudez, puedo, cómodamente, prescindir de mis acendrados entusiasmos patrióticos y políticos. No habla la pasión que ciega cuando la razón que alumbra viene espontáneamente á ponerse al servicio de cualquier causa. Y es evidente que huelga el apasionamiento político en este caso, tratando de discutir ó negar la moralidad del adversario, cuando éste empieza por afirmar, ó al menos transparentar lógicamente que carece de ella.

Siento que las cortas dimensiones del folleto no me permitan documentarlo tan extensamente como fuera mi deseo; pero no por eso dejaré de hacerlo, ajustándome á sus reducidos límites. Sobre no dejar cabida á la más ligera duda respecto á mis particulares y modestas apreciaciones del asunto, conviene que el lector observe y ría las

imbéciles donosuras con que los separatistas revelan su absoluta carencia de sentido moral.

Y empezaré haciendo uso de unos párrafos que ya utilizó el señor Lerroux en el Congreso de diputados, como argumento incontestable é *incontestado* contra la obcecación separatista, y que recientemente ha reproducido *El Progreso*, de Barcelona, en sus columnas.

Pertenecen dichos párrafos al señor Prat de la Riva, especie de *sacerdotiso* del separatismo; y revelan una ruindad de alma tan despreciable y un desequilibrio moral tan grosero, que, después de leídos, formúlase espontánea la afirmación: Quien tal dice es un malvado ó un loco, ó ambas cosas á la vez.

II

Declara el tal señor Prat de la Riva:

«Sí, somos separatistas; pero solamente en el terreno filosófico. Sostenemos el derecho al separatismo; lo que hay es que en el actual momento histórico no nos parece *conveniente*; partimos ahora de la unidad total é integridad de España porque nos conviene; de lo contrario, ya lo hemos dicho claramente en el periódico, somos de Cataluña; ponemos, hemos puesto y pondremos siempre la Nación catalana y sus intereses sobre todos los demás. No somos separatistas porque entendemos que esta solución *hoy* es perjudicial á Cataluña, pero no somos españoles.»

Pues entonces, ¿qué son ustedes?... ¡Ah, señor Prat de la Riva! Nosotros, los que amamos á España, aunque *ignorantes y degenerados*, como el catalanismo nos llama, sí sabemos lo que ustedes son. El párrafo copiado les retrata con tanta exactitud como pudiera hacerlo el más furibundo anticatalanista.

Ustedes, según se colige de tan *estupendas* declaraciones, son simplemente unos vulgarísimos y desvergonzados explotadores del sentimiento catalán y del bolsillo español, todo en una pieza. Mercachifles egoístas, cuyo mayor pecado consiste en el grosero cinismo con que lo confiesan y que nos releva, sin escrúpulo de conciencia, de guardar á ustedes ningún género de consideraciones en la contienda política, social y patriótica, puesto que sus aspiraciones, brutalmente antihumanas, les declaran en pugna contra todo lo que sea idealidad, amor, sociabilidad fraternal y elevación y nobleza de sentimientos.

¿Dónde está el amor á Cataluña? Ustedes lo pregonan y no lo sienten. Véanlo.

«*La Nación* catalana y sus intereses» son absoluta, clara, positivamente incompatibles con el sentimiento separatista que ustedes profesan, puesto que «en los actuales momentos históricos no les parece conveniente» «picar amarras.»

No he conocido persona alguna de sentidos cabales que predique la virtualidad de una doctrina reconociendo al propio tiempo que esa doctrina no solo es inaplicable sino también perjudicial y ruinoso para sus propaladores y defensores.

Además. Si ustedes sostienen el derecho al *ideal separatista*, no proceden honradamente sacrificándolo á una miserable cuestión de pesetas. Ni ustedes ni nadie debe sacrificar *lo ideal á lo material*.

Cuando ese sacrificio lo realiza una persona, comete, en buena filosofía, una inmoralidad; cuando lo realiza lo que vosotros llamáis *todo un pueblo*, esa inmoralidad adquiere enormes proporciones.

Decid:—Venga esa independencia y soportaremos, por amor á ella, todas las miserias y todas las contrariedades —Eso sería suicida, pero sería también digno y aceptable. Aunque no se os concediese por puro humanitarismo.

Y vamos á otra cosa.

III

Si «en los actuales momentos históricos no *les* parece conveniente» la tan suspirada independencia, ¿cuándo les podría convenir? ¿Para cuando, poco más ó menos, creen ustedes que esa breva estará madura y se podría engullir? ¿Cuándo piensan estar en condiciones de hacer competencia á Francia en sus sedas, á Inglaterra en sus paños, á Alemania en sus maquinarias; de rebasar, en fin, las fronteras españolas con vuestros productos? ¡Oh, qué lejano está eso, si es que en el transcurso de los siglos llega á realizarse!

No creemos que llegue, y lo lamentamos con

sinceridad. Nosotros, los que conocemos, porque tocamos sus consecuencias en la práctica, el espíritu sórdidamente avaro del industrial y del comerciante catalán—salvo honrosas excepciones—sabemos que jamás será capaz de sacrificar ni una pequeña parte de sus excesivas é inmorales ganancias en aras de la competencia, en aras de la lucha mercantil y en beneficio del consumidor.

IV

Descartada, pues, por sus directores la posibilidad y conveniencia del separatismo, ¿qué fin persiguen con esa odiosa campaña antiespañola y disolvente? ¿Qué se busca fomentando en esta tierra el odio más despiadado á todo lo *castellano*, á todo lo español? ¿Qué se han propuesto *La Veu*, esa empedernida prostituta; *El Poble*, tan joven y ya tan jesuíticamente corrompido; ¡*Cu-Cut!*, *La Tralla* y tantos y tantos otros papeluchos *higiénicos*, creados exclusivamente para envenenar la vida catalana con ese infamante lenguaje que han usado siempre contra los ciudadanos españoles—*moros y descastats*—en forma tan villana como pudiera hacerlo el más degenerado rufián?

¿Qué se intenta con la divulgación de ese diccionario soez que llama diariamente á los españoles *gent d'allá dalt*, *degenerats*, *incapassos*, *fills de burdell*, *perduts que viuen ab la esquena dreta*, *murriada*, *descamisats*, *criminals*, *borrachos*, *moros*, *fempta forana*, etc., etc.? ¿Qué ob-

jeto tiene tanto *pet de segadors*, tanto *enradera aquesta gent*, tanto *picar les amarras*, tanto ¡*Era castellana!*

Ved, españoles, lo que significa todo eso. Leed con asco lo que uno de los contadísimos catalanistas sensatos—si es que puede haber alguno que merezca ese calificativo—ha lanzado en pleno rostro sobre esa cuadrilla de logreros.

El señor Pella y Forgas ha escrito que el *ideal catalanista* siempre ha servido de escabel para fines puramente ambiciosos, para facilitar el encumbramiento político de cuatro sinvergüenzas trepadores. ¡Y el señor Pella y Forgas les conoce! ¡Y cualquiera que esté medianamente versado en política catalana os podrá citar una porción de casos, puesto que por ahí circulan impúdicamente los ejemplares vivientes de tanta inmoralidad y de tanta infamia!

Ahí están Puig y Cadafalch, el más vil injuriador del alma española, destilando su veneno en *La Veu*; Cambó, el sujeto más cínicamente ambicioso que ha parido Cataluña; Prat de la Riva, que escribe cartillitas de propaganda anti-española, plagadas de las más miserables mentiras; Rusiñol *el malo*, aplicando toda la vacuidad de su cerebro á idear y repetir el necio y desacreditado estribillo de *picar les amarras*; y, en fin, los mercachifles del Fomento de la Holganza Nacional, haciendo cara antiespañola apenas se trata de *tocarles* la «segunda columna...»

Y como justificación de todas estas miserias y villanías, como cosa absolutamente indispensable

para saciar sus desenfrenados apetitos, las clases directoras del separatismo, revolcándose en su cieno, continúan propagando y defendiendo el lema de «¡Visca Catalunya y Mori Espanya!»

Morralla separatista

I

Significando la aspiración de dicho lema, alien-
tan hoy en Cataluña todos los periódicos escritos
en catalán, sin excepción de ningún género, y al-
gunos de los que se redactan en el idioma de Cer-
vantes.

Y aunque en punto á desvergüenza periodística
todos esos papeles se hallan á la misma altura,
observaréis en algunos de ellos ese lema, pero
hábilmente desfigurado por una porción de *teóri-
cas salvedades*, cuya verdadera significación es
cobardia, miedo puro al brazo español, que en
varias ocasiones, por ellos provocadas, les ha he-
cho sentir los efectos de su peso.

Pero AUN EXISTE aquí, para mengua y escarnio
de todos los españoles, un libelo repugnante, *La
Tralla*, cuyos redactores cobran determinada
cantidad por cada estacazo patriótico que reci-
ben sobre sus lomos.

Y esos jovenzuelos perdularios, deshonorados
hasta la médula de los huesos, que cobran á tanto
por bofetón y á tanto por día de cárcel, no han
tenido—¡claro está!—reparo alguno en ostentar
ese lema, gráfica, textual y descaradamente, en

las columnas de su periódico. Allí campea el «VIC. y M. E.» pregonando la bajuna ralea de sus inspiradores.

II

Y *La Tralla* es como si dijéramos el órgano oficial de la morralla, de la plebe, del montón separatista.

Por la *brillante historia* de ese papelucho, puede, cómodamente, deducirse el nivel moral y mental de sus lectores.

La Tralla —cobrando, naturalmente, sus des-honorarios— ha marchado siempre al frente en cualquier acto público de abierta significación antiespañola.

Designóse *puesto de honor* á su estandarte en aquel famoso y ridículo «banquete de la victoria», y *tralleros* eran los que al terminar el banquete salieron en alcohólica manifestación, dando gritos de «*Viva Cataluña libre*», «*Viva Cuba libre*» y «*Muera España*», frente al Consulado de Cuba. *Tralleros* son los oradores de mitin que más ferrozmente muerden la honra de nuestra Nación; *tralleros* los que ostentan con cinismo en su indumentaria emblemas separatistas; *tralleros* los que hacen continua y grosera burla del idioma patrio; *tralleros* los que aconsejan que nadie compre en establecimientos, cuyo rótulo esté escrito en castellano; *tralleros* los que publican en *listas de honor* el nombre de cualquier desvergonzado co-

merciante que pone en catalán el rótulo de su tienda, siguiendo los consejos del libelo.

La Tralla fué también la que, en un ridículo alarde, y á raíz del hermoso acto realizado por los militares contra *La Veu y Cu-Cut*, alzó el grito, increpando á los dignos oficiales y desafiándoles á que fuesen á tomar por asalto su redacción. *La Tralla* publicó el «¡ERA CASTELLANA!» *La Tralla* levantó aquel huracán de protestas honradas que temporalmente la sepultaron; y *tralleros* son los que acosados por el hambre, saturados aún de veneno, á pesar de que destilaron tanto, asoman la deshonorada frente en la cabecera de un nuevo libelo, cuyo título, españoles, significa otra nueva y más descarada ofensa, otro nuevo y más brutal insulto... Lo sé de labios separatistas; METralla es otro cobarde anagrama; METralla significa: «Muera España: Tralla.»

III

Teniendo en consideración lo que antecede, puédese ya reconstituir la *personalidad* moral del elemento *dirigido*, de la morralla separatista. En cuanto á su capacidad mental y cualidades cívicas —valor, fe en el ideal, etc.,— vaya juzgando el lector.

Esta tropa de infelices «obreros de levita», esclavos del mostrador y del escritorio; gentes convencidas íntimamente de su nulidad y habituadas

á lamer dócilmente la mano del principal en la tienda y del jefe en la oficina, tuvieron noticia, en una ocasión, de que el difunto Robert había proclamado no sé qué género de superioridad del cráneo catalán sobre el cráneo del resto de los españoles. ¡Y aquello, lector, fué el acabóse!

Aquella declaración se les subió al cráneo á nuestros desdichados parias. Hueco lo tenían antes, y, desde entonces, esa única y grande idea llenó toda su cavidad craniana. Vieron ellos en eso así como una especie de rehabilitación moral, un arma para esgrimirla contra cualquier mentecato que se atreviese á recordarles su insignificancia, su miseria...

¿En qué teoría política podían ellos comulgar con mayor deleite que en aquella que halagaba su amor propio, su vanidad de ignorantes, declarando de golpe y porrazo *seres superiores* á toda esa ruina social de pobres vergonzantes y señoritos de medio pelo?

Así, pues, en vez de ostentar con orgullo sus honrados harapos y luchar como hombres por las reivindicaciones humanas, prefirieron continuar ocultando el calzoncillo sucio y roto y la camisa descolorida y vieja, con el trajecito bien tallado, hecho á costa del estómago, y defender las absurdas *reivindicaciones*, no de Cataluña, no del pueblo catalán, sino del partido separatista, y de sus santones, que no es precisamente lo mismo.

Y al doctor Robert amaron y al catalanismo fueron en ridícula procesión los primerizos litera-

rios, para *bombearse* mutuamente; los aprendices de pintorzuelo, para nombrarse á sí mismos artistas de primer orden; los melómanos de café, para declararse génios y los «*betas y fils*» y cagatinas, porque no hallaron otro medio más adecuado para demostrar que eran personas.

Y quedaron deslumbrados, encantados, convencidos de su superioridad, atribuyéndose una porción de cualidades puramente imaginarias. Y así crearon el ambiente ficticio que hoy respiran, y se entusiasmaron con sus *barras*, sus *aplechs*, sus *segadors*, sus fiestas, sus banderitas, con toda esa quincallería patriotera de real y medio, mientras el *vivo* Cambó y sus no menos *vivos* adláteres, continúan moviendo el espejuelo para cazar incautas alondras...

¡Salud, triste morralla separatista!

Campaña del separatismo

CONTRA EL EJÉRCITO

I

Así había caído la semilla en el surco. Los elementos incubadores del separatismo ya no se daban tregua ni reposo. Era preciso que la planta fructificase, porque nadie, sino ellos, podían recoger el fruto. Y á su cultivo se dedicaron con ardor digno de más noble y honrada causa.

Su campaña ha tenido siempre por base el odio, el ridículo é inverosímil odio á todo lo español... Creyeron: *¡Sin odiar á España, es imposible amar á Cataluña!* Y en ese imbécil pecado llevan la penitencia; en esa cuerda se ahorcarán ellos mismos.

Verdad es que laboraron alentados por una impunidad inconcebible. Los anatemas del odio catalanista pudieron caer libremente sobre todo lo *castellano*; sobre las personas y las cosas; sobre aldeas y ciudades y provincias y regiones; sobre todas y cada una de las clases de la sociedad española, sobre el humilde y laborioso labriego de Andalucía y sobre el honrado y noblote cosechero de Castilla.

Mofáronse de nuestro idioma y escarnecieron

nuestros usos y costumbres, y el infeliz obrero que aquí llegó de otra región, obligado por la ley de la vida, explotáronle villanamente, deslomáronle á trabajar, diéronle miserables jornales, vendiéronle caros los adulterados alimentos y encima le abofetearon con los dictados de vago, degenerado y *forastero*, ¡el gran crimen!... Si otra vez vuelvo á nacer encargaré á mi señora mamá que venga á salir del paso en Cataluña.

.II

Puesto en práctica el sistema de la injuria, sin freno oficial ni privado que contuviese á los lenguaraces separatistas, no podía escapar el Ejército á los mordiscos de su insana pasión.

Y sobre el Ejército cayó todo aquel aluvión de rastreras infamias, que llenaron columnas, planas, periódicos enteros, con escándalo de todas las conciencias honradas.

Y empezó el público barcelonés á conocer, asombrado, lo que era el libelismo en grande escala. Aun los que profesaban ideas contrarias á España, no ocultaban su asombro ante tales osadías. Todo aquello era de un refinamiento cruel, malvado, groserías descaradas, solapadas ruindades, insidias canallescas, falsas afirmaciones, insultantes desprecios...

Y un día... un memorable y hermoso día extendióse por toda España el notición de que las redacciones de los periódicos separatistas habían sido destruídas por el fuego... El brazo militar

había hecho un poco de justicia ¡y los españoles pudimos respirar á pulmón abierto!

No por mucho tiempo, sin embargo. Porque á raíz de aquello, aquí flotaba un ambiente de cobardía verdaderamente asqueroso. ¡Ni uno, ni uno solo de los periódicos barceloneses tuvo el valor, el civismo, la vergüenza necesaria para proclamar á *raja tabla* la justicia, la dignidad de aquel acto tan humano!...

¡Hubimos de esperar con ansia la llegada de Lerroux á Barcelona para llorar lágrimas de satisfacción y agradecimiento al benemérito patriota que, con *El alma en los labios*, cantó las más viriles estrofas que la musa española ha podido inspirar á cerebro alguno!

El hecho, como digo. extendióse por toda España completamente detallado. Pero de la causa que provocó el hecho no pudieron tener los españoles sino una ligera idea. Supieron que sobre las madrigueras catalanistas había descargado una tempestad de patriotismo, porque aquí se profanaba impunemente todo lo que llevase marca española. ¡Pero de qué manera!...

Abierto tengo ante mi vista, aunque con el consiguiente asco, el tomo del *famosísimo ¡Cu-Cut!* correspondiente al año 1905, á fines del cual fué purificado su cubil por el sagrado fuego de la Patria.

Y juro á los manes de Baguñá, propietario del encanallado papelucho, que mi patriotismo quedaría satisfecho con que su libelo alcanzase una tirada enorme, un millón de ejemplares, por

ejemplo, y fuese leído durante un par de meses por todos los ciudadanos españoles. Porque, entonces... estábais frescos, burgueses separatistas. ¡Habíais redondeado el negocio!

III

En la miserable campaña sostenida contra el Ejército por esos libelos, obsérvanse detalles verdaderamente crueles, inhumanos.

Allí se habla del uniforme envilecido, de la bandera manchada, de la escuadra impotente, de las derrotas sufridas, del personal degradado por una sola y constante aspiración: el ascenso...

Pero todo eso expresado con deleite insano, con regocijo truhanesco, con infame satisfacción; buscando siempre la nota vergonzosa y humillante, estableciendo con malvada insistencia estúpidos paralelos entre las patrias extrañas, vencedoras y fuertes, y la patria nuestra, vencida por... ¡Ah! En la explicación de nuestras derrotas la perfidia separatista raya á colossal altura.

Para esa gente Cuba la perdieron los militares; los muertos y los supervivientes; el humilde oficial y el honrado jefe, quienes, según los libelistas, fueron allí con el exclusivo objeto de pasear el uniforme y conquistar en la holganza del destacamento una estrella ó una cruz. Los barcos se hundieron por la ineptitud de nuestros marinos; la bandera en Santiago de Cuba fué arriada por concupiscencias del Ejército.

Y al hablar de la batalla que se pierde ó del pabellón que se arría ó del barco que se hunde, no contiene siquiera á la pluma del libelista el sentimiento de pena, el piadoso respeto que merece á toda persona humana aquella brillante representación del Ejército, tropa, jefes y oficiales, que en tierra ingrata, sometidos á las penalidades de una vida azarosa, no consiguieron otro ascenso que el ascenso á la eternidad...

¡No! ¡Lejos esos sentimentalismos cursis! La batalla que se pierde, y en la cual caen nuestros soldados acribillados á balazos, ¡sólo les inspira un villano gesto de admiración y aplauso para el enemigo que la gana! El barco que se hunde, llevándose en su vientre centenares de vidas españolas, ¡solo les sugiere un embozado elogio para los artilleros yanquis, que tuvieron fuerza y puntería para hacerlo hundir!...

Este espíritu *piadoso* ha informado la campaña de los separatistas contra nuestro Ejército. Este género de infamias, calumnias y burlas macabras, provocó aquella explosión de dignidad, aquel acto de justicia, cuya sentencia absolutoria llevan escrita en el corazón todos los hombres de humanos sentimientos, todos los españoles honrados.

Ultrajes á la bandera española

I

El número de *¡Cu-Cut!*, correspondiente al 10 de Agosto de 1905, fué denunciado por la publicación de un grabado en colores.

Dicho grabado representaba dos hombres desnudos, á punto de echarse al agua. Pero á uno de los señores bañistas le había dado la humorada de colocarse la bandera española á guisa de taparrabos.

Y decía, *entusiasmado*, á su compañero:

—¡Es de un color muy *sufrido* este taparrabos!

Pero replicaba el otro:

—¡Ca, hombre! Ese color *pierde siempre...*

Y al número siguiente, recalcaba la injuria, publicando el mismo grabado, con la única variación de que el taparrabos ya no era la bandera española, sino la de los E. E. U. U.; y que el bañista aseguraba placentemente, que aquel color era el que no perdía nunca.

Realmente la chanza no desentona del carácter de los canallas. Rastrera adulación al vencedor, desprecio al triste vencido. Muy noble, muy digno. Cataluña puede envanecerse de sus héroes.

II

Los barceloneses recordarán seguramente una fiestecilla de percalina barata, hábilmente preparada y *jaleada* con todo el entusiasmo de que son capaces estos patriotas de sacristía. Y recordarán también que aquella fiesta, llamada «de la bandera», fué el fracaso más morrocotudo que ojos catalanistas hayan podido llorar.

Sin exageración, caballeros. Aquel día, en que el partido de la *gent de bé* tenía la consigna cerrada de tender las barras al balcón, hubo infinidad de calles donde no apareció ninguna. En las que más tela se había *derrochado*, veíanse cuatro ó seis banderas... perdidas en la inmensidad de la calle.

Barcelona dió aquel día una gallarda muestra de su sensatez y su cultura. Demostró conocer la canalla separatista, que viene labrando la ruina de esta hermosa ciudad. Comprendió que aquella fiesta, como todos los engendros de esos despreciables, más que de glorificación á la bandera de las cuatro barras, á la que se han empeñado en deshonar, era fiesta de agravio, de desprecio, de ultraje á la bandera española... y les dejó solos. ¡Y cayó sobre ellos el más estrepitoso ridículo!

Pero la evidenciación de su impotencia y su ridiculez, excitó á las viborillas. El gusanillo del fracaso fué destilando veneno en su espíritu, y perdida la serenidad, evidenciaron bien pronto el

bastardo objetivo de la fiesta. En calles apartadas y en balcones de altos pisos, aparecieron por la tarde varias banderas españolas, arrugadas y sucias como pingajos, sujetas á palos de escoba y acampañadas de groseros atributos... ¡Era la estúpida mueca del separatismo fracasado y corrido! ¡Era la característica de la fiesta! ¡Era lo que se pretendía demostrar!

La bandera española ha sido en Barcelona víctima de los más infames atropellos. En otro país que no fuese España, el peso de la indignación popular ó el peso de la ley habría caído inexorable cien veces sobre las cabezotas del separatismo. Los que, según frase de Lerroux, «llevan el grillete en el alma», deberían arrastrarlo en el tobillo, no solo por lo que representan como tiranos y corruptores del progreso social, sino por su condición de fraticidas.

La bandera es la patria; la patria eres tú y soy yo y somos todos. Y quien injuria á la bandera no ha tenido la menor intención de ofender al pedazo de tela insensible; la injuria se ha lanzado directamente contra tí, ciudadano, contra los españoles todos.

III

Los separatistas han agotado ya sus recursos contra la bandera española. La han excluído en absoluto de sus centros, de sus mitins, de sus fiestas; la han silbado y tratan siempre de ponerla en

ridículo. Tanto han extremado la nota, que hoy, toda persona que sienta imparcialmente y discurra un poco, no puede ver ya en la bandera de las cuatro barras un símbolo de amor á Cataluña, sino de odio á España.

Esto nadie puede negarlo sinceramente. Es una verdad que se palpa. Está en el ambiente que respiramos, saturado de esa odiable propaganda que todo lo envenena.

Lerroux, en el Congreso, significó ya esta verdad—incontestada é incontestable, como todas las que arrojó á la cara de esos bellacos—diciendo:

«En los mitins que celebra el partido republicano, absolutamente en todos, aparecen juntas, unidas, como formando una sola, la bandera española, cuando no es la republicana que también es española y la bandera catalana.»

«En los mitins catalanistas jamás aparece la bandera española, ni por casualidad, ni por respeto siquiera en algunas ocasiones á la visita de ilustres huéspedes.»

Recuerdo que, con ocasión de celebrarse una fiesta popular, el gobernador Sr. Fuentes, indignado ante el abuso de los patrioterros, ante la in noble preterición que hacían de la bandera española, con cualquier pretexto, advirtió que no permitiría se engalanasen las calles con banderas catalanistas, si la bandera nacional no ocupaba su lugar preferente... ¡Españoles! Hubo calles donde no se puso ni una ni otra, porque los mangoneadores separatistas prefirieron prescindir de la

bandera *de sus amores*, antes que ostentar la que es objeto de sus odios.

IV

Sentiría se achacase á parcialidad de ideas, á simpatía personal por Lerroux, á causas por completo ajenas al propósito que me guía, lo que es sencillamente un obligado tributo de justicia. Escribo pensando en España, mirando á España y, necesariamente, miro á Lerroux y pienso en Lerroux y las citas á él referentes han de acudir á mi pluma con frecuencia.

El separatismo ha ligado de tal manera á España la personalidad del patriota, que se hace imposible separarles al tratar las cuestiones de interés general que en Cataluña se ventilan.

El odio del separatismo á Lerroux le observaréis siempre mezclado con el odio á España. También esto es clarísimo... Y por lo que se relaciona con el objeto de este capítulo, bueno es hacer constar lo siguiente:

Lerroux, de cuyo sincero patriotismo no cabe dudar, ni de su entereza de carácter, ni de su profundo desdén hacia toda esa plaga de insectos que le acosa, tuvo un día, en uso de su perfectísimo derecho, la plausible ocurrencia de exornar su jipi-japa con la cinta de los colores nacionales. Algunos buenos españoles imitaron su ejemplo...

¡Y aquí te quiero ver, escopeta! ¡Oh sacrilegio! ¡El cínico, el ridículo, el osado!...—¿Cómo—pen—

saron los del *fals*.—¿Es posible que *Cataluña* pueda tolerar tal cosa? ¡Pues no señor! ¡De ningún modo! En Cataluña sólo pueden ostentarse barretinas de rabo largo, corbatas de las cuatro barras, lacitos de las cuatro barras, dijes de las cuatro barras, papel de fumar de las cuatro barras, jabón de las cuatro barras, café de las cuatro barras, morcillas de las cuatro barras y... la bandera de *El Descamisado*, porque lleva veinticuatro barras y no ha sido posible reducirlas á menos... ¡Pero la cintita española en el sombrero! ¡Ah, no!

Y unas veces tomándola en broma y otras en serio, la prensa separatista hizo toda una señora campaña, no contra la cintita del sombrero de Lerroux, como voy á demostrar, sino contra la bandera española. ¡Que no iban á desmentir su villana condición los miserables que habían demostrado odiarla en cien mil ocasiones, cuando se les presentaba una de morderla con la mayor impunidad!

En las planas de los periódicos separatistas la bandera española en el sombrero de Lerroux fué el acontecimiento del año. Semanalmente aparecía—y aparece—en todas las planas de esos libelos. Y fué un verdadero pugilato de caricaturistas y periódicos, á probar cuál la ridiculizaría más, quién tendría mayor acierto en la interpretación del odio separatista.

La bandera española en el sombrero de Lerroux rodaba por los suelos, entre el polvo del arroyo, atropellábanla los automóviles del sepa-

ratismo, aparecía colgada en cualquier rincón, etcétera, etc.

En la mayor parte de los grabados la figura de Lerroux ya no aparecía siquiera; el motivo del dibujo era la cinta roja y amarilla adherida al sombrero, y sobre ella se discurrían ridiculeces... que, en realidad, eran infamias.

En resumen. En el año de 1905 dedicóse el separatismo á injuriar al Ejército; el 1906 y todo lo que va del 907 y lo que transcurra hasta que una nueva explosión de españolismo castigue á los insolentes, es tiempo que ha dedicado y continuará dedicando á ultrajar á la bandera española, á España, á los españoles todos.

Un botón de muestra para terminar tan enojoso asunto.

La Esquella, ese libelo canallesco que dirige el desdichado ambicioso Roca y Roca, papel que, durante los muchos años que ha venido mintiendo españolismo, tanto dinero español ha proporcionado á su editor, ha dado recientemente la nota culminante en esta especie de concierto periodístico contra la bandera española.

Véase el grabado que aparece en la primera plana de ese semanario, en el número publicado á raíz de las últimas elecciones de diputados provinciales.

Una matrona, pertrechada de atributos guerreros, campea, arrogante y altiva, en primer término. Bajo su pie gime casi aplastado un hombre: Lerroux. ¡Oh, la inspiración del dibujante!... ¿Pero es realmente Lerroux el pisoteado, el re-

volcado? No, españoles. El pie de la inmunda matrona no pisa en el cuerpo, no chafa las espaldas de la figura tendida...

¡Aquel pie grosero, emplazado por el lápiz de algún grosero canalla, *cae precisamente encima de la bandera española, encima de la cinta roja y gualda adherida al sombrero de Lerroux!*

Solidaridad antiespañola

I

Un joven y cultísimo catalán, concejal de este Ayuntamiento, el señor Valentí Camp, explicábase un día con clarísimas razones su aversión al movimiento solidario, fundado precisamente en su amor á la Patria y á la democracia.

Ambos coincidíamos en la manera de apreciar ese indecente maridaje, pero diferíamos en un punto concreto. Valentí Camp creía, *provisionalmente*, en el españolismo de algunos de los elementos que integran ese conglomerado. Yo, ni provisional ni definitivamente creía en ese españolismo.

Me expuso sus observaciones y le expuse las mías.

Según él, algunos de los antiguos republicanos y buena parte de los carlistas habían ido á esa unión de buena fe, pretendiendo acaso neutralizar el antiespañolismo catalanista. En si lo conseguirían ó se contagiarían de las ideas de esa gente, fundaba el señor Valentí su *apreciación provisional* del punto discutido.

Supongo que á estas horas el ilustre concejal

habrá observado ya de qué lado se inclina la balanza. Por mi parte, declaro sinceramente que, desde el principio, la veo inclinada hacia el lado del catalanismo separatista.

Aunque no he gastado un solo céntimo en periódicos solidarios —valga la observación— he leído *gratis sin amore* *El Correo Catalán*, *La Publicidad*, *La Esquella* y todos esos papeluchitos semanales, órganos de los republicanos *sevillanos*, que tanto dinero han costado al pánfilo Junoy, á Layret el de las *gofetás* y al otro, y á todos esos señoritillos que se llaman republicanos formalmente. He seguido con cierto interés las fases é incidentes de esta campaña y he reconocido la amarga verdad que voy exponiendo.

¿Quién, carlista ó republicano, metido en esa grillera ha sido el guapo que haya roto una lanza, ni franca ni disimuladamente siquiera, en desagravio á España? ¿Quién ha tocado esa tecla en alguno de los innumerables mitines que han celebrado? ¿Quién habló jamás del bien de España? ¿Quién habló *de nuestra amada España*? ¿Quién se ocupó de España, sino para ofenderla?...

II

Ahí están los Junoy, los Corominas, los Roca, los Layret, rodeados de banderas separatistas, respirando ambiente separatista, sacrificando tal vez sus íntimas convicciones, jaleando el amor á *la nostra aimada Catalunya* —¡de ellos!— cul-

tivando el odio al *forasterismo*, recurriendo, en una palabra, á los lugares comunes de esa tropa melenuda y enjuta, para arrancar el aplauso que de otro modo se les hubiese negado!

Ahí está ese Roca, insultando cochinamente en *La Esquilla*, de mil maneras distintas, al elemento castellano que aquí reside. Ahí están esos Layret, mitineando invariablemente sobre el tema de los *forasteros*. Ahí está Junoy pronunciando, en un acto público organizado por la Cámara de Viajantes, frases neciamente despectivas para el idioma castellano, que tan grato le era hace siete minutos; enamorado como un azacán del separatista jesuítico Francisco Cambó, y repitiendo, como todos ellos, la cantata de *los enemigos de Cataluña...*

Y á propósito, apreciable don Judas: ¿Quién ha dicho á ustedes que aquí hay enemigos de Cataluña? ¿Quién, como español, puede tener interés en que Cataluña se arruine?

Aquí lo que hay son amigos y enemigos de España; entiéndalo usted bien: españoles y antiespañoles. Cataluña, como nación, no existe, *no puede* existir; usted lo sabe. Su personalidad, en todas, absolutamente en todas sus fases, está íntima, naturalmente ligada á la personalidad española, *de quien necesita protección*. Y esto se puede vocear muy alto, porque se lo saben ustedes de memoria ¡farsantes! La prosperidad ó decadencia de Cataluña, á la prosperidad ó decadencia de España afectan necesariamente. Y vea usted porqué ningún buen español puede ser enemigo

de Cataluña; ni ningún buen catalán enemigo de España, por lo mismo, si á usted no le sabe mal.

Ahora bien. Que me digan ustedes que los españoles somos enemigos irreconciliables de docenas de glotones catalanes, que serían capaces de meterse en el vientre á España entera, y aún no habrían saciado su apetito, eso es harina de otro costal...

Vamos á ver, señor Junoy: —lo mismo da Junoy que otro cualquiera. — ¿Por qué quiere usted ser diputado á todo trance? Por amor á Cataluña? Para defender á Cataluña? Y ¿quién responde á los electores de que usted puede defender á Cataluña mejor, por ejemplo, que el solidario Odón de Buen, á quien usted ha echado la traidora zancadilla? ¿Quién se atreverá á garantizar que Bofarull y Cambó y Girona defenderán mejor á Cataluña que el mosquetero Rahola y Lladó y Vallés? ¿No la aman todos ustedes por igual, sin miras egoístas, sin fines bastados, *por ser vos quien sois?*

Porque, señores, si el amor á Cataluña se sobrepone á todo, esas *fatricidas* luchas que han *reventado* la Solidaridad estaban demás. Entre dos hermanos que bien se quieren, con uno que coma basta...

¡Oh, voraces, logreros! Aquí no hay más enemigos de Cataluña y de España que vosotros, «los del grillete en el alma», los que sois capaces de cometer toda clase de abdicaciones, bajezas y porquerías, á cambio de una posición y una popularidad que ¡ay! no disfrutaréis nunca, porque

sobre la base de la traición y del egoísmo no pueden construirse monumentos populares. Los enemigos de Cataluña sois vosotros, los que dirigís esa campaña irracional y antihumana, convencidos de que tiene ambas características, á cambio de los votos y el aplauso de esos pobres imbéciles que jamás han caído en *la funesta manía de pensar*.

III

En la demostración del antiespañolismo solidario, quiero prescindir en lo posible de mis particulares opiniones, puesto que los hechos hablan con elocuencia abrumadora, con razonamientos irrefutables.

Aparte de que hay una demostración sencillísima.

Si Roca y Roca en sus periódicos y Corominas, Junoy y demás renegados en los suyos han hecho campaña francamente antiespañola, según he demostrado antes; si los elementos desgajados del árbol republicano que vincula el patriotismo en Barcelona, únicos á quienes podía repugnar la tendencia antiespañola, se han asociado á ella, ¿qué elementos buscaremos en la solidaridad cuyo antiespañolismo pueda ponerse en duda? Si los antiguos republicanos se han hecho antiespañoles, ¿habremos de esforzarnos en demostrar el antiespañolismo catalanista?

Pero como no solo escribo para los españoles

de Cataluña, los cuales observan con gran interés la marcha é incidencias de la política catalana y saben perfectamente á qué atenerse en esta cuestión, sino que también escribo para los del resto de España, no dejaré de citar hechos y textos demostrativos.

Aquellas *clases directoras* de que antes os hablaba, los *santones* del separatismo, facilitan material abundante en apoyo de mi tesis.

Consecuentes en su aberración y sin ver nunca más allá de sus narices, cegados por sus ambiciones, necesitados de halagar á esa pobre *morralla* que había de facilitarles con sus votos la elevación al cargo apetecido, soltaron *al buen tun tun* declaraciones separatistas sin sospechar siquiera que puede llegar el día en que no les convenga afrontar las responsabilidades que encierran.

Véase como hablan y escriben los que hoy mangonean en la Solidaridad.

IV

Dice un tal Franquesa, expresidente de la *Lliga regionalista*.

«Nosotros defendemos el separatismo ideal poéticamente. En este mismo sentido, no comprendemos á Cataluña sino independiente, libre, con su idioma, con sus costumbres y sus leyes, como la ha hecho Dios, que la ha creado en estas condiciones, tan diversas de los demás pueblos de la Península.»

Y añade otro tal Gallisá, también expresidente, pero del Ateneo.

«Nosotros fundamos todas nuestras pretensiones en considerar á Cataluña como una nacionalidad distinta del pueblo castellano.»

A este sigue un tal Permañer, catedrático de la Universidad, á quien se le pregunta:

«—¿No teme usted que pueda venir el separatismo?—Eso no importa; nosotros vamos tras de lo nuestro; lo que venga después es accidental.—Pero, ¿y si viene el separatismo?—¡Qué le vamos á hacer!»

¡Hombre! Usted tal vez nada, don Fulano. Usted acaso ni se quejase ni tuviese por qué.

Los que tocarían el cielo con las manos y se mesarían la cabellera serían esos señores paisanos de usted que meten en España, *franco de Aranceles*, el género que aquí fabrican, tan caro como de mala calidad. Se quejaría toda esa legión de comerciantes é industriales que desparraman por España los productos de su negocio, al amparo de un Arancel hecho por ellos mismos, y el cual Arancel impide que vuestra industria en pañales, sea relegada á un rincón por la afluencia de los productos extranjeros, libres de trabas injustificadas...

Porque á ustedes, ya que nos explotan y además nos odian, hay que hablarles claro y alto. Conste que si no sirven mejor al desdichado consumidos, que aquí y en todas partes paga el pato; si no fabrican ustedes más barato y mejor, es porque carecen de moralidad comercial. Las primeras materias

cuestan á ustedes aproximadamente igual que á los fabricantes de cualquier otra nación, y si bien el obrero español es menos experto ó diligente que el francés, por ejemplo, y por lo tanto, la mano de obra menos productiva, también es verdad que ese defecto lo saben ustedes compensar con creces en el tipo del salario.

Conque si los productos de ustedes, para venderse en España necesitan de la protección arancelaria, por ser peores y más caros que otros, es, sencillamente, porque son ustedes incapaces de encerrarse en los límites de la moralidad comercial; porque quieren ustedes roer hasta las entrañas.

V

Pero dejemos eso y oigamos hablar de separatismo al apestante director de *La Veu de Catalunya*, al ya citado Prat de la Riba.

Ahí va eso:

«¿Cuál es el deber político más fundamental? Querer á la patria.—¿Cuál es la patria de los catalanes? Cataluña.—¿Tiene algún fundamento la distinción entre patria pequeña y patria grande? Ninguno; el hombre tiene una sola patria, como tiene un solo padre y una sola familia. Lo que generalmente se llama patria grande no es otra cosa que el Estado, compuesto de varias agrupaciones sociales que tienen la condición de verdadera patria. España, ¿no es, pues, la patria de los catala-

nes? No es más que el Estado y organización política á que pertenecen.»

*
* *

«¿Cómo contesta el gobierno á la conducta generosa que sigue Cataluña cuando sobrevienen calamidades como las guerras de Cuba, la guerra de Africa, los terremotos de Andalucía, las inundaciones de Murcia y de Consuegra, etc.? Con tratados de comercio que entregan al extranjero la industria catalana.—¿Y cómo se portan el gobierno, la prensa y *la gente de Castilla* cuando alguna calamidad pública azota á Cataluña? Nos abandonan á nuestras propias fuerzas.—¿Qué consecuencia se deduce de estos hechos? Que solo se acuerdan de que somos españoles para cobrarnos contribuciones, ó quintar nuestra juventud, ó pedirnos dinero, ó sacrificar nuestros intereses.»

Tan estúpido, tan absolutamente falso es el contenido de estos párrafos, que francamente, hacen reir.

Sepa usted, señor Prat de la Riba, que por ese sistema yo también sabría hacer mi cartillita anticatalanista, con la ventaja de que la que yo hiciese no estaría plagada de embustes como lo está la de usted.

VI

En esta relación de insensateces y desvergüenzas separatistas, cabe recordar aquella carta di-

rigida por un tal Serra, comerciante de esta plaza, al concejal antisolitario de este Ayuntamiento señor Batlle, diciéndole, sobre poco más ó menos, que por ser antisolitario y amigo, por consiguiente, *de los enemigos de Cataluña*, no volvería á surtirse ya de sus géneros. Y que si todos los catalanes tuviesen la misma *energía* que él, *pronto tendrían que irse todos los forasteros á morir de hambre en su tierra.*

Demos las gracias á este buen señor y apresurémonos á ofrecerle nuestra casa en Jadraque ó en Argamasilla para lo que guste mandar.

*
* *

¡Pues y el clero?... ¿el distinguidísimo y reverendísimo y cebadísimo clero catalán?

Oid, españoles, y fijadlo bien en vuestra memoria. Oid como berreaba no hace muchos días un ensotanado en el púlpito de la catedral de Gerona.

«—Se impone un nuevo Corpus de Sangre como el de Barcelona, en que los honrados labradores pasaron á cuchillo á los *granujas* y *tahures* que envió á Cataluña el Poder central; se hace preciso *afilá l'eina y doná un bon cop de fals* contra todos esos explotadores que vienen del centro y de las demás regiones: *¡Visca Cataluña lliure!*; adelante, catalanes, adelante, no tengáis miedo á los *pinxos* ni á los *forasters.*»

Como consecuencia de los anteriores conceptos, esa bestia *evangélica* ha sido sometida á un pro-

ceso Vallés y Ribot, el *federal*, el *republicano*... solidario, ha tomado á su cargo la *honrosa* misión de defender al... *inocente* cura...

*
* *

Y voy á poner fin, españoles, á esta relación de infamias separatistas, no sin tomar antes nota de un hecho reciente, que por constituir un nuevo y villano ultraje á la honra de la mujer española, nadie que se precie de caballero puede dejar pasar sin la más airada protesta.

Yo arrojo desde estas páginas el salivazo de mi desprecio al miserable ladrón de honras, digno émulo de la histérica Elisabeth Malgrat. Yo hago constar que para que todos los españoles lo recuerden, que hay en Barcelona un sugeto repugnante, llamado Ribera y Rovira, que ha hecho suyas las infamias contenidas en el artículo «*¡Era Castellana!*» Yo hago constar aquí, después de comprobada su veracidad por el general Suárez Inclán, la reseña que *O Diario das Noticias*, de Lisboa, hace de los infames conceptos emitidos en su discurso por el mencionado sugeto.

Del periódico lisbonense es el siguiente párrafo:
Después de hablar de la similitud entre las razas portuguesa y catalana y de sus mujeres que se distinguían por su recato, por su amor á la familia, y por su interés en la prosperidad de ésta, dijo que la mujer castellana era una mujer de la calle, a propósito para

agradar, hecha para la conversación frívola y el placer, recordando los frescos de Velazquez.»

¡Oidlo, españoles! ¡Probad el veneno separatista! ¡Ya lo sabéis!

En los hogares castellanos no hay honra posible; no puede haberla. Nuestras madres y nuestras mujeres *no tienen recato, carecen de honestidad, no aman el santo hogar, no sienten el cariño á la familia*, ¡al hijo que llevaron en sus entrañas y al esposo que con ella comparte penas y alegrías!... *¡Son hembras de placer, mujeres de la calle, propensas al adulterio!*...

¡Oidlo, españoles, y retenedlo bien en la memoria! Y cuando lleguéis á vuestro hogar, después de la labor diaria, y vuestra anciana madre os reciba con esa inefable ternura que acostumbra y vuestra esposa con el beso de su entrañable cariño... ¡clamad al Destino que no os pone á mano en aquel momento al miserable que arrojó la infamia sobre ellas!...

VII

La pesadumbre, la repugnancia que me inspiran estos seres abyectos, estas purulencias del corrompido catalanismo, hacen excesivamente penosa mi labor.

Yo supongo, lectores, que la tesis ha quedado demostrada. *Solidaridad es antiespañola*, porque en ella actúan como inspiradores, como directo-

res efectivos, los Prat de la Riva, los Franquesa, los Permañer, los Gallisá, los Serra, los Bancells, los Ribera y Rovira y otros muchos á quienes todos conocemos.

Esos, los bellacos de *El Poble*, *La Veu* y demás libelos catalanistas que han sido siempre el verbo del separatismo, imponen hoy necesariamente su criterio antiespañol en la Solidaridad. Y aun suponiendo que al reseco Salmerón le restase alguna savia de españolismo—que es mucho suponer—y pretendiese ingertarla en esa canalla, sería absolutamente inútil, perdería el tiempo.

Además, Salmerón, dentro de esa Solidaridad, actúa únicamente de fantasmón; es una especie de pelele, un espantapájaros colocado en lo alto de un palo para que los gorriones de la lógica no se lleven el trigo del montón. Cuando los catalanistas tengan ya la cosecha recogida en el granero, el viejo pelele, el ridículo espantapájaros solidario, rodará por el limpio suelo de la era y se reirán de él hasta las criaturas.

*Campaña patriótica
de Unión Republicana en Barcelona*

I

Mi afiliación al gran partido de Unión Republicana data de fecha reciente. Sumé á este partido el átomo de mi opinión entusiasta á fines del año 1905 y á raíz del acto de dignidad realizado por la oficialidad de esta guarnición contra los papeles separatistas *La Veu* y *¡Cu-Cut!*

Formábamos por aquel entonces una peña de «jóvenes demócratas» varios entusiastas obreros de la pluma, todos los cuales somos hoy convencidos antisolidarios.

Yo, por mi parte, formaba entre ellos atraído por cierta simpatía hacia el jefe del canalejismo en Barcelona, Sr. Roig y Bergadá, cuyo memorable discurso pronunciado hace años en el Congreso contra la grey catalanista, hubo de despertar gran entusiasmo entre los que sentimos el españolismo por convicción y por instinto.

Pero las circunstancias incapacitaron al partido canalejista de Barcelona para una labor eficaz de patriotismo y democracia. Una de sus cabezas visibles, el ex-alcalde Bosch y Alsina, cohabitó con

el catalanismo en el célebre *Banquete de la Victoria* (!!) y entonces, los que sentíamos honda repulsión hacia esos traficantes del sentimiento regional, no tuvimos otro recurso que «romper filas», disolver la peña.

II

Y ocurrió por aquella fecha el resonante acto de protesta de los militares.

Quien no se sintió español en la memorable noche, es porque ni antes ni después había podido ni podría sentir españolismo.

Yo tengo aquellas escenas tan presentes en la memoria, que podría reproducirlas hasta en sus menores detalles.

Asistíamos tranquilamente Urrecha y yo al estreno en Romea de *Las Garsas*, magnífico drama de Iglesias, que nos estaba haciendo pasar un rato delicioso, cuando, durante un entreacto, cayó la noticia como una bomba en el Teatro... ¡Horror, terror, furor!

Imagínense ustedes que todas las melenas, lentes y corbatones catalanistas se habían dado cita en Romea, para presenciar con aire de *intelectuales* la obra de Iglesias.

Supongo que en el Teatro no habría aquella noche más *moros* que Urrecha y un servidor, quien no recuerda haber presenciado en los días de su vida escena más pintoresca ni más salvajemente cursi que la desarrollada en el vestíbulo,

al darse cuenta de lo que ocurría en *sus periódicos* esos que se pasan los días cantando el *¡bon cop de fals!* y no son capaces de matar ni los piojos que, seguramente, llevarán en las greñas.

El gallinero se alborotó. ¡Qué cacareo tan insoportable! ¡La de maldiciones, la de injurias, la de palabrotas que soltaban!

Nos vimos rodeados por un grupo de *cebas* que, entre corteses y airados, interrogaban á Urrecha, tratando de arrancarle una frase cualquiera de censura contra los autores del suceso. Y Urrecha se defendía buenamente, declarando á quien quería oírle que el catalanismo, con sus provocaciones, sus injurias y sus intemperancias, era el único responsable de lo ocurrido.

Yo, nervioso, inquieto, sofocado, casi asfixiado por aquel ambiente de odio brutal, de irracionalidad y de fanatismo insensato, me escabullí en la sombra, gané la calle y fuí á dar con mis huesos en la Fraternidad Republicana de la calle de Cortes...

Era la primera vez que pisaba el local, y, repentinamente, sentí el espíritu libre de dolorosas opresiones y observé que allí dentro el alma española podía explayarse dulcemente y abarcar en un fraternal abrazo á todas las regiones de España.

El espíritu patriótico que aquella noche se desbordaba en Fraternidad, los valientes conceptos de españolismo que se oían, las entusiastas protestas de fraternidad y unión que allí se cruzaban entre representantes de todas las regiones; la

unanimidad de pareceres en la apreciación del hecho y, sobre todo, la verdadera, la genuina, la numerosa representación del pueblo catalán que allí bullía y se manifestaba tal como es, honrado y noble, hospitalario y digno, diéronme el primer indicio práctico, positivo de la *labor educadora* y patriótica que aquí venía realizando el gran partido de Unión Republicana, tan calumniado y desconocido de sus implacables detractores.

III

Sería larga tarea historiar uno por uno los múltiples hechos en que ha intervenido Unión Republicana, poniendo al exclusivo servicio de la Patria la fuerza de su número, de su cohesión y de sus entusiasmos.

Hoy mismo, en la difícil actualidad política por que atraviesa, y cuando las que fueron respetables figuras del republicanismo prostituyen las ideas, manchan su historia y se abrazan á los enemigos de la Patria y del pueblo con un cinismo miserable, aquí permanece Unión Republicana firme en su puesto, respondiendo á su historia, salvando la pureza de sus ideales en medio de esta Sodoma política, continuando imperturbable su derrotero progresivo con aquella serenidad, con aquella confianza que inspira la grandeza de la misión que debe realizar.

Aquí está la *acusada*, la calumniada Unión Republicana frente á los enemigos del pueblo, frente

á los enemigos de España, donde siempre estuvo, donde permanecerá irreductible mientras unos y otros existan, puesto que en la existencia de ellos está la razón de su propia existencia.

Y cabía preguntar al viejo flósofo, al ilustre degenerado y á sus ambiciosos comparsas, si es que fueron á *solidarizarse* en la convicción de que esos enemigos habían muerto todos de repente, ó al menos se habían retirado por el foro en busca de una vida más obscura y honesta. Porque si eso creen y observan... y lo demuestran, tienen á mano el argumento más formidable para convencernos y la unión antisolitaria quedaría disuelta sin esfuerzo, como terrón de azúcar en el agua.

Díganos Salmerón si su cambio de frente obedece á eso; si cree que desde el 20 de Mayo la Patria, el pueblo y la política republicana no tienen ya injuriadores, opresores, enemigos...

Pero es inútil. Decirlo sería fácil; demostrarlo, imposible.

España sabe ya perfectamente á qué atenerse respecto á las cuestiones que en este centro de actividad política se ventilan. El catalanismo, que es reaccionario por sus cuatro costados, planteó su campaña de propaganda sobre una base inconsistente, podrida. *Para amar á Cataluña, es preciso odiar á España*: así dijeron y predicaron, así dicen y predicán, y esa especie se ha extendido por la Península como mancha de aceite, y ha de producir sus lógicos resultados.

Por eso, en la conciencia de todos los españoles

está el presentimiento de lo que la procacidad catalanista hubiese podido llegar á realizar en Cataluña, si el dique republicano, con su formidable resistencia, no hubiese contenido el desbordamiento de las cenagosas aguas.

Todos, todos aquellos á quienes preocupa el presente y el porvenir de su Patria, han levantado ya en el fondo de sus corazones un altar de agradecimiento y cariño hacia los insignes patriotas que, sin otros medios para la lucha que su honradez y su voluntad, mantienen aquí firme y ondeante la bandera de fraternidad y unión española, frente al catalanismo, símbolo de disolución y de odio.

Cantáridas

en verso

Creendo que aun no pierde actualidad cualquier asunto relacionado con la martingala solidaria, se me ocurre—y el lector perdone—reproducir aquí algunos trabajos en verso, parte de mi humilde labor en *El Descamisado*.

El Festival de la Purria

(16 Septiembre 1906)

Se celebró y al fin nos conocemos.
¡Salud, salud, hermanos explotados!
Muchos fuimos y somos; ¡más seremos!
¡Salud y libertad, descamisados!

Se celebró la fiesta.
Fué una hermosa
y elocuente expresión del pueblo noble,
¡del pueblo que detesta
la farsa indecorosa,
y, rudo, altivo, fuerte como el roble,
en plena luz y á la mitad del día
al ladrón y al farsante desafía!...

No vaciló; no pudo un solo instante vacilar nuestra *purria* en tal empresa. Planchada y elegante, su hoja de col con alfiler prendida, cumpliendo, como honrada, su promesa, partió del Paralelo, decidida.

¡Eramos los eternos expoliados!
 ¿Pudo alguno creer que avergonzaran timbres tan noblemente conquistados y que á la cita y al deber faltaran los que á honra tienen ser descamisados?...
 ¡Si el pobre lleva la camisa rota es porque hay quien le oprime, quien le explota!

Esposas y maridos, padres, hijos y hermanos, confundidos en pintoresca procesión, subieron; plantaron su simbólico estandarte, frente á él se detuvieron, y ante *tan bella* creación del Arte y al grito, en catalán, de ¡¡Viva España!! tomaron posesión de la montaña!

¡Setenta y cuatro barras, caballeros!
 ¡Qué hermosas, qué flamantes, qué encarnadas!...
 No eran como las de esos bandoleros...
 ¡Esas que están teñidas y trazadas con sangre y con sudor de sus obreros!
 Las nuestras eran puras;
 no expresaban delirios ni locuras;
 simbolizaban un amor inmenso, serio, sin oropel, sin banderolas,
 ¡setenta y cuatro veces más intenso que el suyo á estas provincias españolas!

¿Qué amáis vosotros, sucios negociantes?
¿Y vosotros, ministros del diablo?
¿Y vosotros, poetas ignorantes,
que estáis pidiendo á voces un establo?
¿No es vuestro Dios el oro?
¿No es el dinero lo que amáis villanos?
¿No es imponer, en fin, vuestra arrogancia,
burgueses sin decoro,
y negar sus derechos al trabajo,
y fomentar el vicio y la vagancia,
patrimonio exclusivo, vil y bajo
de vuestra sociedad caduca y rancia?
¡Ya veis si os conocemos,
caterva de canallas y de memos!...

.....

Volvamos á la fiesta. Fué un modelo
de honradez, de civismo y de cultura.
Allí, en bancos ó en mesas ó en el suelo,
comió todo el que estaba *á nuestra altura*.
Y como todos los allí reunidos
conservaban muy claros los sentidos,
se habló de aquella bacanal cochina, (a)
cuyo epílogo adorna el frontispicio
de nuestro semanario,
como perpetua acusación que trina
contra esos que, anegados en el vicio,
hacen moralidad... de solidario.

¡Qué hermosa fué la fiesta! ¡Qué elocuente!
Qué sincera, qué digna, qué ordenada!...
Catalanismo impuro y absorbente:

(a) Banquete de la victoria.

¡aprende de la grey descamisada!
 Aprende á ser correcto, botarate;
 aprende algo que te honre y te rescate
 á esa pasión feroz que te obsesiona;
 ¡aprende, soanimal, á ser persona!
 Aprende á ser humano, matricida;
 aprende á bendecir la noble entraña,
 que se ha secado para darte vida.

Aprende á gritar fuerte: ¡¡Viva ESPAÑA!!...
 Aprende á ser honrado ciudadano;
 aprende, fratricida, de tu hermano
 á proceder con varonil nobleza,
 á respetar al ser que te enriquece,
 á equilibrar tu estúpida cabeza
 y á sentir lo que es grande y engrandece,
 porque un hombre anegado en su pobreza
 es más digno de amor y de atenciones
 que todas tus banderas y pendones!...

¿Obreros proteccionistas?

Señores del Fomento de la Holganza:
saludo, reverente, vuestra panza...

Tienen ustedes tanto desparpajo,
señores del fomento del *trabajo*,
que yo, Juan de la Purria y Camisones,
que os odio, abiertamente, por bribones,
que aversión me inspiráis, que me dáis asco,
con fruición me complazco
en esgrimir la estaca soberana
y zurraros de firme la badana.

¿Meditáis vuestras locas pretensiones?
¿Conocéis la opinión de los hambrientos?
¿Sabéis que ante vosotros hay legiones
que á vuestras criminales ambiciones
opondrán sus honrados argumentos?

Si todo eso sabéis... es arrogancia,
cinismo y *san façon* vuestra entereza.
¡El vértigo inmoral de la ganancia,
que os ha destornillado la cabeza!

¿Conque váis á luchar heroicamente
en pro de una misión *noble y augusta*?
¿Conque la aplaude y considera justa
la clase obrera... necesariamente?...

Decidme quiénes son esos esclavos,
 esos obreros bravos,
 enjambre laborioso de colmena,
 que fabrican la miel, que sudan oro,
 que á un trabajo brutal se les condena,
 que en él van extinguiendo su energía,
 que á él sacrifican libertad, decoro;
 que viven más hambrientos cada día,
 que arrastran la existencia miserable...
 ¡que ven, en cambio, cómo el insaciable
 vientre de vuestras cajas se abarrota,
 y aún rompen una lanza en holocausto
 de ese Arancel infausto,
 que llena al industrial el comedero
 y merma la escudilla del obrero!...

¿A que no les nombráis? ¡Cómo es posible!
 Vuestro pleito es risible;
 ni respeto siquiera nos inspira.

¡No, no les nombraréis, porque es mentira!

El tiempo de los tontos ha finido,
 y en el concierto humano,
 donde haya un opresor y un oprimido,
 ¡también habrá un rebelde ante un tirano!...

Lo que quiere el obrero es otra cosa.
 Gracias á su intuición maravillosa,
 pide que el bien se extienda á todas partes;
 que dejen de triunfar las malas artes
 del burgués codicioso,
 que traga, sin cesar, impunemente,
 y niega brutalmente
 un poco más de pan al proletario,
 cuando le pide aumento de salario.

Quiere que haya trasiego en las fronteras,
que hagáis la competencia al extranjero;
que trabajéis de veras,
que sepáis lo que cuesta *hacer* dinero.
Y entablado ese noble pugilato,
ganará el labrador empobrecido,
fabricaréis mejor y más barato,
resultará el país favorecido
y habremos puesto al fin, como prudentes,
límite á vuestros lucros insolentes.
Quiere ver prosperar la Agricultura,
presa del Arancel y de la usura;
quiere que viva el hijo de la Tierra,
¡que se nutran los pobres jornaleros...
¡que salgan de esa esclavitud que aterra
tres ó cuatro millones de braceros!

Y aún quiere más, señores holgazanes;
quiere ver satisfechos sus afanes,
mas siempre de vosotros á distancia.
¡Le inspiráis invencible repugnancia!

* * *

Conque, á ver; id nombrando á esos obreros,
suicidas ó inhumanos,
que piden, defendiendo vuestros fueros,
la expoliación brutal de sus hermanos.

Decidnos quiénes son esos pacientes
once mil aludidos,
¡que os afilan las uñas y los dientes
para ser arañados y mordidos!...

¡Traerá cola!

¿Y el pudor? ¡Ah, el pudor! Habéis creído que el pudor es palabra sin sentido; y, haciendo retirada por el foro, callados, sin honor y sin bandera, dais la espalda á las leyes del decoro y os colocáis al pueblo por montera.

¡Y cometéis también la villanía, señores diputados solidarios, de suponer que el pueblo callaría como callan los torpes, los falsarios.

¡Alto aquí, diputados fariseos! No creáis escapar por la tangente. El pueblo no claudica. Sois sus reos y con el arma al brazo os sale al frente. Tiene perfectamente definido del honor el sentido.

Sabe que la traición es vuestra espada, que os la ha roto Lerroux en mil pedazos, y, libre de la estúpida emboscada, sale á cortaros hoy la retirada y á romper vuestras filas á estacazos. Sabe que la traición no se perdona, cuando no se arrepiente quien traiciona;

y os mira, no como hombres acosados por defender sublimes ideales; sino como farsantes endiosados sobre miles de votos estafados sobre miles de cosas inmorales.

¡Conque, alto aquí, señores diputados!

Ya no lleváis caretas, con barniz de igualdad y de progreso: como hombre que conoce vuestras tretas, os las quitó Lerroux en el Congreso. Y os ha dejado así de tal manera, con su brava elocuencia de patriota y su palabra noble y justiciera, que, ni respeto hacéis; y yo, un cualquiera, os traigo con fruición á la picota.

¡Ah, sí; don Nicolás! No me impresiona *dar* á un expresidente con dureza, aunque infunda respeto su persona y encierre un gran talento su cabeza; cuando ese alto señor Expresidente olvida su deber de ciudadano y ofende al pueblo descaradamente como cualquier mortal, torpe ó liviano. Porque entonces, marchita ya su gloria, echa su negro borrón sobre su historia, quita todo el prestigio á su talento, resta honor á sus años y á sus canas y descubre un oculto sedimento, generador de prácticas malsanas...

En cuanto á usted, Junoy, yo hubiese dado el pavo que estas Pascuas no he probado, por verle en el Congreso aquella tarde,

después de las derrotas,
haciendo bello y coquetón alarde
de una cara más negra que mis botas,
estupefacta, lisa, redondilla,
y exactamente igual que una morcilla.
¡Eso es hacer un papelito airosol!...
¡Eso es hacer el oso!

¿No os lo parece así, *descamisados*?
¿No os suenan todos esos diputados,
que se oyen sentenciar y hacen el sueco,
á vacío, á melón, á roto, á hueco?

Pues id ahora sacando consecuencias
del ridículo inmenso en que han caído,
y suplicad para ellos indulgencias
al Papa por nosotros elegido.

Porque el discurso sabio y memorable
con que Lerroux al enemigo inmola,
tengo como verdad incontestable
que *traerá mucha cola, ¡mucha cola!*

Estatuas y coronas

Homenaje á la estatua de mosén
Albert.

(Noviembre 1906.)

Recibí ayer mañana por el correo
una grandilocuente carta imprevista,
que brindo, para nuestro mayor recreo,
á la inmunda piara catalanista.

Dice así:—Barcelona—Fecha corriente.—
Señor Juan de la Purria—*Descamisado*.—

»Acudo á usted secreta y humildemente,
con el pecho oprimido y acongojado,
á expresarle las quejas y los lamentos
que me inspiran las coces de unos jumentos.

»Yo soy aquella estatua semiolvidada
que está junto á la estatua del *Concellero*,
y con todas mis fuerzas protesto airada
de lo que hace el partido *catalanero*,
tomando á Casanova todos los días
como capa de infamias y cobardías.

»Yo supuse al principio que aquella gente,
al coronar á un hombre de pelo en pecho,
que cayó en la muralla como un valiente,
aunque, por su desgracia, sin gran provecho,
serían ciudadanos esclarecidos,
hombres enteros, bravos y decididos...

» ¡Pero quiál! Luego supe que me engañaba y que aquellas coronas y aquellas cintas y aquel chiquellerío que alborotaba, eran media docena de *caga tintas*, cuatro *madapolanes* y unos poetas con el lúbrico aspecto de los estetas.

» Y es claro. Cierta noche que aquí vinieron unos cuantos ilustres *descamisados*, graciosa y buenamente distribuyeron soberbios mojicones acorazados, iniciándose al punto la gran derrota entre aquella comparsa de gente idiota.

» Al ver de nuestros *mascles* la cobardía, después de habernos dado tanta *tabarra*, me dió un tremendo ataque de alferecía. ¿No es eso *dervergüenza*? ¿No es tener *barra*? ¡Cochinos! ¿A qué viene tanto alboroto si el bolsillo del miedo lo tenéis roto?...

» Perdón, don Juan. No crea que estas censuras la envidia á Casanova me las sugiere. Conste que yo rechazo farsas impuras; que de ningún farsante, fuere quien fuere, respetos ni homenajes admitiría... ¡y mucho menos de esa granujería!»

.....

 No quise seguir leyendo.
 Me basta con lo copiado.
 La carta del reverendo
 Pere Albert, está pidiendo
 justicia al descamisado.

Y sepa y tenga entendido
el ilustre padre cura,
que será bien comprendido
y que tiene merecido
un obsequio á su escultura.

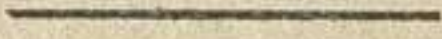
Aunque cura, compañeros,
parece buena persona.

Seámos con él justicieros...

¡Vayamos todos, obreros,
á *colgarle* una corona!

¡Acudamos con afán
á la cita, una mañana
en el Salón de San Juan!...

.
Queda sometido el plan
á la *Purria* soberana.



Malas pasiones

A las señoras redactoras, colaboradoras y lectoras de los periódicos separatistas, con motivo de la publicación del infame artículo «¡Era castellana!»

No presumáis que os traigo á la palestra con intención siniestra...

El arma que ha esgrimido vuestra gente, ni me sirve, ni es noble, ni es precisa.

Ya véis; para atacaros dignamente, me he puesto, aunque algo sucia, una camisa.

No, no pretendo daros un mal rato, pues no es caballeroso ni discreto: como separatistas os combato, pero como mujeres os respeto...

¡No es mi pluma cobarde ni alquilada!
Mi pluma es agresiva ¡pero honrada!

De los que este periódico escribimos no esperéis nunca infamias semejantes: aquí lo que pensamos lo decimos, pero sin reticencias infamantes, y si alguien nos provoca, le agredimos con argumentos firmes, terminantes, Aquí nunca volvemos las espaldas. Tenemos nota de valor probado... Si hombres fueseis, en vez de llevar faldas, ya mi pluma se hubiera desbocado.

Pero no hay en nosotros cobardías,
no veréis solapadas villanías...
¡sólo veréis arranques varoniles,
ímpetus, juventud, fuego, pelea,
labor de hombres enteros y viriles,
explosión de pasiones juveniles
y un ruidoso entusiasmo por la idea.
que hundirá en el abismo á esos tiranos
que levantan fronteras entre hermanos!

*
* *

Inmoral es vuestra labor, señoras.
Con esa propaganda fratricida
de odios y de campañas vengadoras,
negáis el sexo, combatís la vida,
descendéis al libelo corrompido,
y, torpes ó malvadas ó inconscientes,
veis vuestro honor hollado y confundido
con el de esos canallas indecentes.
perdiendo así el derecho, desgraciadas,
á vivir de los hombres repetadas.

Porque vuestra protesta no hizo efecto.
Se la juzgó un pretexto,
puesto que á una protesta justiciera
puede obligar también la cobardía...
Yo no discurriré si fué sincera,
¡pero sí afirmaré que fué tardía!

¡Ah, mujeres, mujeres...
fuentes de amor, caudales de ternura!
¡Qué mal interpretáis vuestros deberes!
¡Y qué bien destruís vuestra hermosura!

Seguid, seguid la senda literaria
que os trazan vuestras torpes soñaciones;
buscad la Cataluña imaginaria
esclava, medioeval y reaccionaria,
gobernada por curas y ladrones.

Aplaudid, entonad esa rapsodia,
con honores de fúnebre esperpento;
gastad vuestra prosodia
en amenazas que se lleva el viento...

Y cuando las pasiones se desborden,
cuando el odio se escape en llamaradas,
cuando se rompa el orden,

cuando haya Redacciones asaltadas
y choques entre blancos y entre rojos,
¡no lloren necias lágrimas los ojos!

¡Id, señoras! buscad en los hogares
satisfacciones al deber cumplido ..
si es que en esas reyertas populares
no perdisteis al hijo ó al marido.

En ese caso, si el dolor abrumba...
coged la escoba y arrojad la pluma.

Indulto y amnistía

Sostenemos, fulastres diputados,
juzgando sin pasión vuestros errores,
que contáis ya con méritos sobrados
para ser totalmente exonerados,
por falsos, por dañinos, por traidores.

Si alguna duda había
viene á desvanecerla esa amnistía,
menguado engendro de vuestra alma seca,
fruto de maridajes con bandidos,
obra de gente descastada y hueca
que tiene perturbados los sentidos.

¿Esa es vuestra labor parlamentaria?
¿Esa es vuestra conquista solidaria?
¿Eso hacéis Salmerón y Corominas
y Simplicio Junoy? ¡Bravo prestigio!
Para eso encasquetaos las barretinas
y tirad al retrete el gorro frigio.

Será eso más piadoso
que ir mintiendo teorías redentoras,
los que al pueblo tacháis de revoltoso,
los que al pueblo insultáis á todas horas.

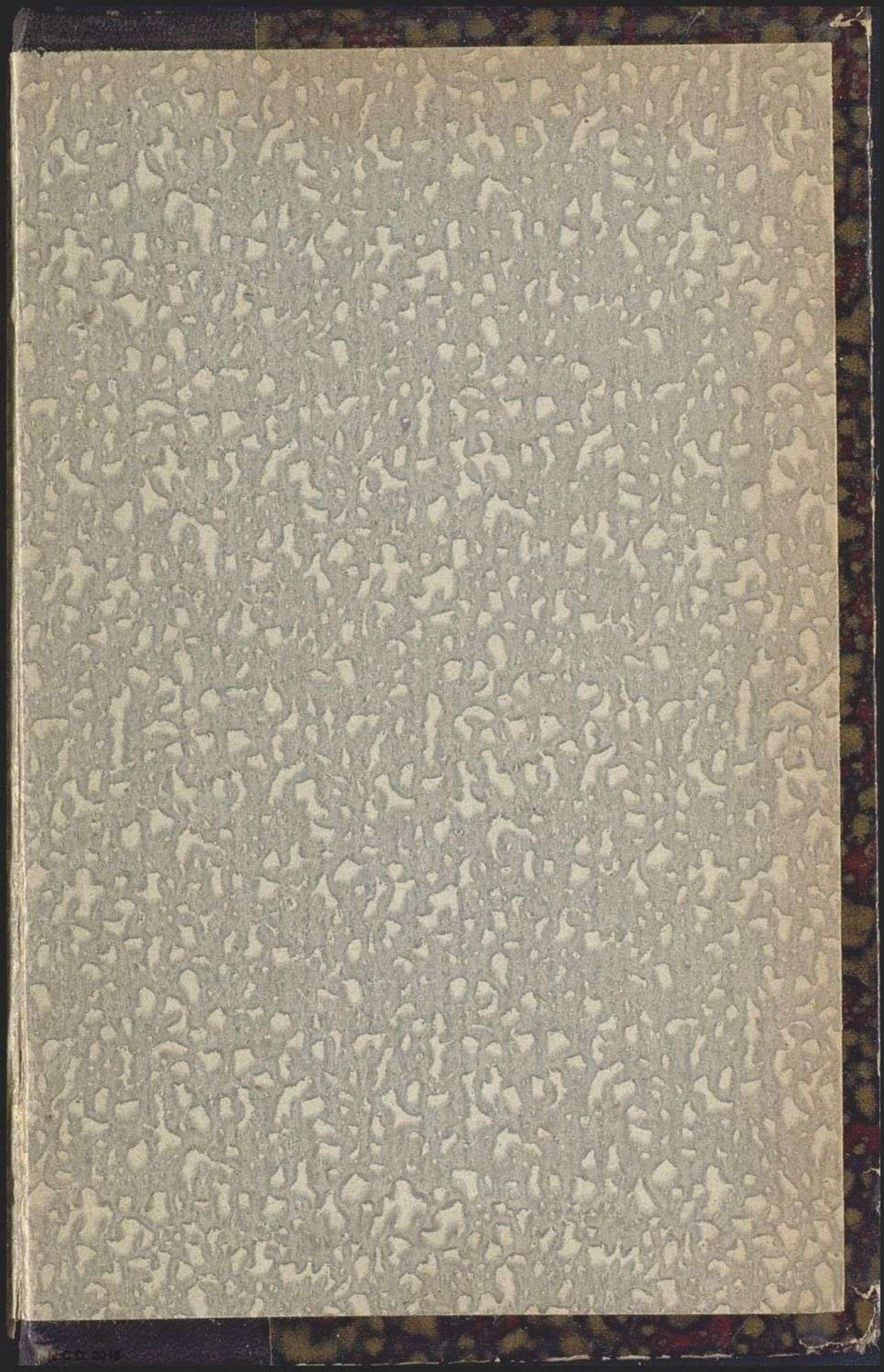
¿Cómo queréis al pueblo mentecatos,
si, después de estafarle innoblemente,
dáis á sus enemigos buenos tratos
y á él le dejáis que llore y que lamente

la estancia en esas tétricas prisiones del hermano, del padre ó del amigo, que por tener honradas opiniones se les condena á un bárbaro castigo?

No es que el pueblo repudie esa amnistía... por injusta que sea; pero la democracia requería un sacrificio vuestro por la idea que siempre habéis mentido y predicado y, al fin, cobardemente abandonado.

Esos separatistas criminales, cuando están en prisiones reclusos, no carecen de medios materiales y viven bien cuidados y atendidos. Y vosotros, esclavos de esa gente, contagiados del mal catalanero, lucháis por ellos denodadamente y olvidáis en su cárcel al obrero.

Por fortuna quedaba todavía alguien capaz de ampliar esa amnistía. Y cuando nuestro pueblo agradecido reciba á su valiente diputado, con ese gran cariño, ennoblecido por las batallas que él ha sostenido en defensa del pueblo maltratado, dejad la calle libre, sacristanes, que aun hay rescoldo de encendidas brasas... ¡Id con vuestros impúdicos afanes á enrojecer de envidia vuestras casas!





FOLLETOS

938

ATENEO

ridículo. Tanto han extremado la nota, toda persona que sienta imparcialmente un poco, no puede ver ya en la bandera cuatro barras un símbolo de amor á sino de odio á España.

Esto nadie puede negarlo sinceramente verdad que se palpa. Está en el ambiente, saturado de esa odiable propaganda todo lo envenena.

Lerroux, en el Congreso, significó verdad—incontestada é incontestable, cosas que arrojó á la cara de esos bellacinos:

«En los mitins que celebra el partido republicano, absolutamente en todos, aparecen juntas, como formando una sola, la bandera española y la bandera catalana.»

«En los mitins catalanistas jamás aparece la bandera española, ni por casualidad, ni por necesidad, ni siquiera en algunas ocasiones á la visita de los señores huéspedes.»

Recuerdo que, con ocasión de celebrarse una fiesta popular, el gobernador Sr. Fuentes, indignado ante el abuso de los patrioterros, arrojó una noble preterición que hacían de la bandera española, con cualquier pretexto, advirtió que no permitiría se engalanasen las calles con la bandera catalanista, si la bandera nacional no ocupaba lugar preferente... ¡Españoles! Hubo callar, no se puso ni una ni otra, porque los mandantes separatistas prehirieron prescindir

x-rite

colorchecker CLASSIC

100 mm